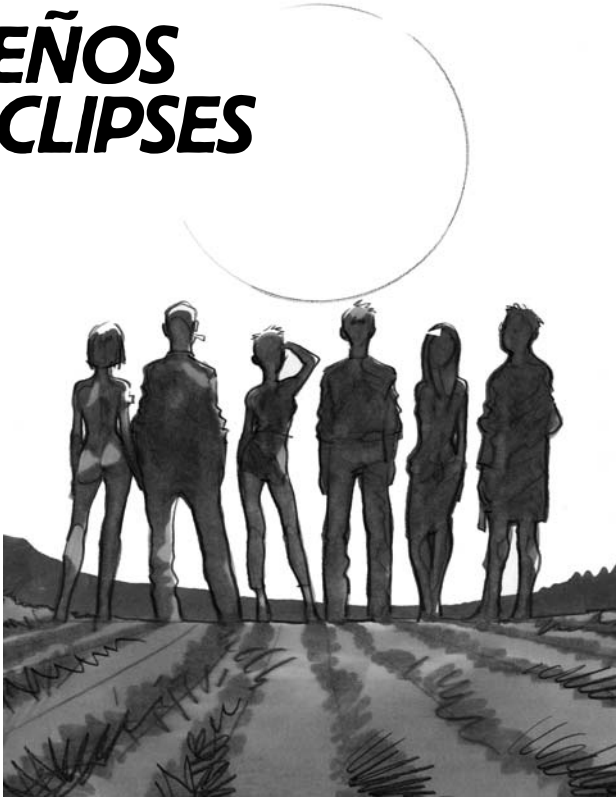


PEQUEÑOS ECLIPSES



ENTREVISTA CON LOS AUTORES

Jim: Creo que ni el uno ni el otro fuimos conscientes del paso del tiempo. Todo empezó como una especie de juego, y los martes comenzaron a encadenarse...

Fane: Compartir un cómic con Jim no es cosa fácil. Hay que lidiar con un técnico detallista, exigente y con demasiados compromisos.

Trabajar conmigo parece ser, según dicen los pocos que se han atrevido, un verdadero calvario: sólo creo en lo que pienso, avanzo por instinto, odio tener que dar marcha atrás y me horroriza que me den órdenes. En resumen: soy un cabezota. Hasta tal punto que parecía que las cosas habían empezado mal, aunque tanto el uno como el otro nos rondábamos desde hacía tiempo. Nuestra relación se limitaba a un gran respeto mutuo y a una “amistad potencial” embrionaria que ni él ni yo queríamos sacrificar en aras de una historia imprecisa que, en aquel momento, no hubiese valido la pena.



Jim: Aún recuerdo a Fane entrando en casa de sopetón con su idea en la cabeza. El muy animal lo tenía todo pensado. Acababa de instalarse con su familia en el sur, y de repente nos habíamos convertido en vecinos, sólo nos separaban una veintena de kilómetros. Íbamos a poder vernos un poco más que antes. Me encantaba su trabajo, es uno de esos pocos autores que me impactan hagan lo que hagan. Me deja de una pieza. Cuando empezó esta historia no nos conocíamos tanto, y creo que eso también formaba parte del encanto del proyecto. Allí estaba él, en mi estudio, gesticulando ante mí, entusiasmado, hablándome de este proyecto, de una historia de parejas que viajan al sur para ver el eclipse. Y sobre todo de su gran idea: hacerlo todo a cuatro manos. Bueno, a dos manos: su mano derecha y mi mano derecha. Y repartirnos el guión y el dibujo.

Fane: Jim delega mucho pero, para hacerlo, tiene que confiar en ti. Así que o eres su clon o tienes que convencerlo (y ya puedes currártelo). La única solución que yo veía era ponerlo a trabajar de una manera tan diferente y desestabilizadora que perdiese todo punto de referencia, toda posibilidad de comparación... ¡y ya era mío!

Al principio me lo veía venir: iba a tener que comerme todos los dibujos. Ni hablar, no pensaba dejarme engañar. Tuve que ser claro desde el principio. Como buen holgazán que se las sabe todas, impuse mis normas:

“VALE, pero lo dibujamos ENTRE LOS DOS, y no en plan ‘yo me como todos



los personajes y tú los fondos con dunas del Sahel.' Eso en cuanto al aspecto técnico y laborioso.

Pero la cosa no acababa ahí:

“Creamos tres personajes CADA UNO, repartidos equitativamente, y nos VACIAMOS en ellos. Si no, no vale la pena.

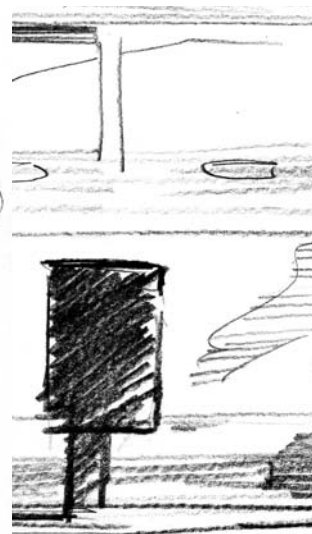
Yo seré los míos, tú serás los tuyos. Que conste que si te pillo en tres viñetas hablando de alguien que no seas TÚ, lo dejo todo. Atención: este tema es muy importante para mí, así que tenemos que hacer algo VERDADERO... tenemos que DESNUDARNOS.” (Me encanta hacerme el duro al principio. Así, si alguien se enfada, al menos no habremos perdido el tiempo.) Los personajes secundarios los improvisaríamos, tampoco íbamos a firmar un contrato de matrimonio...

El tío sonrió, como diciendo: “Claro, idiota. Te daré dos o tres tópicos para encender la mecha, y tú que te mueres de impaciencia vas a salir como una bala, sin darte cuenta de nada, con toda la generosidad del mundo... mientras que yo, alentador, bien protegido, veré cómo te pones en ridículo con tu psicología de medio pelo...”

Pues no.

Lo hicimos...

... de cabo a rabo, sinceramente, y JUNTOS.



Menos mal que él se puso a ello, porque yo tenía un montón de cosas que desembuchar y aquello me desbordaba. No eran grandes verdades, sino cosas cotidianas, cosas que sentía, un exceso de ideas subjetivas sobre la vida tal como la sientes a los treinta y cinco años... Cuando ya no cuentas con la inmunidad de la juventud ni tienes aún la excusa de la edad.... Cuando te encuentras, como el adolescente, nadando entre dos aguas... Cuando un asomo de cansancio empieza a eliminar las ganas que te quedan...

Toda una terapia, básicamente.

Participó en el juego, contrarrestando mis petardos con esa serenidad que siempre conserva.

Jim: Compartíamos las ganas de lanzarnos sin reflexionar, de vivir por medio de nuestros personajes. Irnos con ellos, dejarnos llevar, sentir las cosas como ellos. Concretamente, era empezar por una viñeta, garabatear una escena, poner un bocadillo, poner un signo de interrogación y pasarle la página al compañero de equipo y dejarle contestar por medio de uno de sus personajes... y pasar a otra viñeta, hacer avanzar la situación y volver a pasársela al otro...

Fane: ¿Que por qué lo hizo ÉL? Ni idea...

En todo caso, se divertía, y yo me vaciaba con frenesí. Una bonita, e incluso “milagrosa”, complementariedad.



Jim: No tardé en sentirme un poco idiota. No tengo abismos especialmente vertiginosos. Me creía complejo y atormentado. Al lado de Fane, no soy más que un mueble de Ikea. Mi carga no es lo suficientemente pesada para querer compartirla. Obviamente, me quedé con lo más sencillo y opté por los personajes más ligeros, que equilibran el peso de los demás. Y mi personaje principal tiene un planteamiento vital que yo no he vivido, pero que podría haber vivido. Con la mayor sinceridad posible, vi a mi personaje arreglárselas con sus propias palabras, sus propios gestos, con su encanto cojo y su cobardía... ¿Tal como yo lo hubiese vivido?

Fane: Ocho meses y doscientas ochenta páginas de story-board más tarde, teníamos seis personajes, hombres y mujeres, vivos, con mucho de nosotros en ellos... Como niños, o más bien como amigos de toda la vida a los que se lo perdonamos todo, igual que nos gustaría que nos lo perdonasen. En realidad, no es una verdadera historia. Como mucho, un eclipse efímero. Una huella de lo vivido, simplemente. Un período de nada en concreto en la vida de unas personas donde no sucede nada especial...

Jim: Empezamos en mayo de 2004. En una noche definimos a los personajes, no tuvimos que buscar mucho. Estaban allí, muy cerca, a nuestro alcance. Dibujábamos por la noche, todos los martes por la noche, en nuestros estudios o

en nuestras terrazas, con dos vasos y una botella de vino sobre la mesa. Intentábamos hacer unas seis páginas por sesión, a veces más, a veces menos. Hablábamos de cine, de libros, de música... Aprendíamos a descubrirnos intercambiando fragmentos de lo que más nos gustaba...

Dominique A, Miossec, Keren Ann, las recopilaciones de los años ochenta de mi amigo Hubert. Descubrí a Beigbeder, intercambiamos películas, intenté convencerlo de la gracia de *La femme défendue* y de *Juste un baiser*; él me convirtió a Baru, Larcenet. Hablamos de “píldoras azules”, de Diastème, de *Quelques jours avec un menteur*, de Davodeau, de Boilet y de algún otro...

Llegaron el verano, el otoño y el invierno. Y se acabó. Sin que nos diese tiempo a volver la cabeza habíamos llegado al final del primer bosquejo.

Era un trozo de vida, de nuestras vidas. Algo que no volveremos a hacer. Una experiencia. Una primera vez. Sí, eso es, una primera vez muy bonita. Lo recuerdo con la ternura típica de una jovencita.

Fane: Más allá del álbum, del resultado... salgo revitalizado de esta experiencia en común: me ha reconciliado un poco con los demás.

He escuchado, y me han escuchado a mí.



Jim y yo hemos intercambiado muchas cosas aparte del trabajo en el cómic. Me ha hecho crecer en términos humanos. La autonomía que adquirieron nuestros personajes al cabo de las páginas me permitió aprender un poco más sobre las relaciones entre hombres, mujeres, amigos, compañeros, etc.

Parece una tontería, pero el hecho de estar atento al punto de vista del otro te permite ver con mayor claridad lo que tienes dentro.

Así que valía la pena...

(... Aunque al final fui yo el que tuvo que volver a dibujarlo todo. ¡PRINGADO!)

